

## SENTIDO Y ALCANCES DE LA FILOSOFÍA DE LEOPOLDO ZEA

RAÚL CARDIEL REYES

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Analizar el trabajo teórico del distinguido maestro, Leopoldo Zea, enfrenta muchos inconvenientes. Todo el que se propone comprender y juzgar las ideas de otra persona, parte necesariamente del supuesto de que ambos comparten marcos teóricos comunes, que hacen posible el análisis y la comunicación y que la propia disciplina, puesta a juicio, es susceptible de tener principios, procedimientos y supuestos comunes. De otro modo, toda evaluación de ideas ajenas carecería de validez, por su incapacidad de aprehender el pensamiento ajeno.

A pesar de la necesaria universalidad de los supuestos comunes de todo pensar y por lo mismo de todo filosofar, no puede menos de reconocerse una dimensión personal, singularísima, un temple individual, exclusivo y único, que escapa a toda posible generalización y que interviene y se mezcla en su quehacer teórico. Tal vez en esa dimensión singular se encuentre la clave de la orientación y la fisonomía peculiar del filósofo. Sin embargo, esa misma capacidad del temple personal de mezclarse con elementos puramente objetivos otorga la posibilidad de su externarse y objetivarse y de dar con ello acceso a su captación fenomenológica y racional.

Estas breves consideraciones permiten revelar una de las características del trabajo teórico del maestro Zea. Es ese su afán de no caer en la imitación servil, de liberarse lo más posible de modelos filosóficos ajenos, lo cual permitirá formar una filosofía original y única. Un corolario de esos principios es que esa filosofía original será el camino para llegar a expresar y dar a conocer la realidad de los pueblos latinoamericanos, que a su vez haga posible soluciones propias y adecuadas a esa realidad. No cree en una solución universal y abstracta aplicable a los problemas de América Latina.

Este primer acercamiento al filosofar de Leopoldo Zea hace posible comparar este punto de partida con el de su maestro, el doctor José Gaos, quien, como se sabe, guió sus primeras investigaciones y dio un sesgo definitivo a su labor filosófica.

La principal preocupación del maestro Gaos era responder a la pregunta básica ¿Qué es la filosofía? Por los años de treinta, en Europa y por lo mismo en España, terminaba el monismo filosófico que había caracterizado a los diversos periodos de la cultura occidental. En cierta época había predominado el estoicismo, con Cicerón, aunque con diversas mixturas de otros sistemas. En la edad media, la filosofía clásica: primero Platón y luego Aristóteles. En los tiempos modernos, el racionalismo cartesiano y el empirismo de Bacon; finalmente, el idealismo alemán y luego el positivismo.

Pero en este siglo xx, resurgieron todos los sistemas, disputando cada uno de ellos representar la verdad sobre la totalidad del universo. La historia, que en ese tiempo recobró un ímpetu, que antes jamás había conocido, dio cuenta de esa situación contradictoria, a través de la atrayente figura de Guillermo Dilthey. El pensamiento filosófico era sólo la expresión teórica de la problemática de cada época y su resultado más claro y preciso. Más que cambiar los sistemas, cambiaban los problemas, se desplazaban los temas. En verdad, lo que se tenía era diferentes verdades en los diversos sistemas filosóficos, porque correspondían a distintas realidades históricas. Sin embargo esta presentación tan pragmática y realista del origen de la filosofía era balanceada con una contratesis individualista y subjetiva. Cada filosofar correspondía a un temple personal de ánimo, especial y único. Pero de cualquier modo, la filosofía envolvía elementos objetivos que permitían su caracterización, como eran los valores, las cosas, las normas morales, etcétera.

La tesis del historicismo, sostenido por Dilthey, implicaba un relativismo gnoseológico inevitable. No existe la verdad absoluta. Todas las verdades son relativas, responden a la problemática de su época. Aunque en el fondo esto parecía retomar una tesis hegeliana, implícita en la filosofía del espíritu objetivo, había una reserva o limitación impuesta por el propio Dilthey. No existía, nos decía, un sistema representativo de cada época, como creía Hegel, sino una multiplicidad de sistemas, aunque alguno de ellos fuese el dominante. Pero existe una lógica de la estructura en la filosofía que impide aceptar ciertas tesis, adoptado ya un determinado punto de partida. Las tesis en metafísica, epistemología y ética (las disciplinas filosóficas fundamentales, según Dilthey), se corresponden, como en el empirismo, que es materialista en metafísica y utilitarista en moral.

A pesar de su formación kantiana y fenomenológica, Gaos extendió en México estas ideas fundamentales de Dilthey. Si la filosofía es sólo expresión teórica de la situación histórica, el verdadero órgano del filosofar está en la historia de la filosofía. El verdadero filósofo es el historiador de las ideas.

A esta postura fundamental corresponden las investigaciones del maestro Leopoldo Zea. Pero su mérito más relevante consiste en que no se ha quedado en la mera postura gaosista, puramente historicista, sino que ha ido más allá de la simple investigación histórica. Su propósito ha sido, en este sentido, doble. Primero, demostrar que la filosofía latinoamericana responde a la situación colonial en que todos sus pueblos han vivido, desde la implantación de la cultura occidental en este continente. Segundo, superar la condición colonial de nuestra filosofía, buscando emanciparla de la imitación de los modelos europeos y poner las condiciones para una auténtica filosofía latinoamericana, que responda a su problemática especial y única.

Según mi punto de vista, el maestro Zea intenta una revolución filosófica, sin precedentes en la historia de la cultura en Latinoamérica. Entiendo por revolución todo movimiento histórico, ya sea puramente cultural o político, que se propone sustituir un sistema por otro sistema. Lo forman dos fases que se completan entre sí, pero son enteramente distintas: la primera es la destructiva, que consiste en atacar, criticar y destruir el sistema imperante, demostrando que se apoya en principios falsos o inaceptables; la segunda es la constructiva, que significa la postulación de nuevos principios, que servirán para formar y desenvolver otro sistema. La primera fase es la crítica y se apoya por lo mismo en principios críticos; la segunda es la orgánica y se apoya, por esa razón, en principios que llamo orgánicos.

En la mayor parte de las revoluciones, los principios críticos sirven también como principios orgánicos, pero no siempre es así. En muchas revoluciones son diferentes, como en el caso de la teoría de Copérnico o en la teoría evolutiva de Darwin. En otros casos, tanto los principios críticos como los orgánicos son los mismos, como en el caso de Sieyés que atacó el régimen feudal, por ser contrario a los principios de igualdad y libertad que servirían de base al nuevo régimen.

El maestro Leopoldo Zea se propone desmontar, destruir los sistemas filosóficos, hasta ahora inoperantes en Latinoamérica, por fundarse en una imitación servil de los modelos europeos, que responden a una realidad histórica que le es propia, pero que no es la misma que enfrentan los pueblos latinoamericanos. Su propósito, vuelvo a reiterarlo, es revolucionar filosóficamente a Latinoamérica, en cuanto se propone que se abandonen los actuales modos de filosofar y se adopten otros enteramente diferentes, pero que sean capaces de captar y comprender nuestra realidad histórica más genuina.

Creo sin embargo que el maestro Zea ha puesto más empeño en la parte destructiva y poco en la constructiva, la mayor parte de sus investigaciones se han encaminado a mostrar los vicios y defectos de la filo-

sofía imperante, pero aún no ha alcanzado a establecer los principios orgánicos, conforme a los cuales sea posible un filosofar auténtico y genuino en Latinoamérica.

Sin embargo, no dejo de comprender que es sólo describiendo, con gran claridad, los vicios y defectos del filosofar nuestro, como será posible abrir brecha para un auténtico filosofar. Por eso mismo nos detendremos, en algunas tesis ya sean críticas u orgánicas, para aclarar el camino hacia una filosofía verdaderamente latinoamericana.

El principio fundamental de que ha partido el maestro Zea es la tesis diltheyana de que la filosofía es la expresión teórica de una situación histórica determinada. Filosofar significa enfrentar un problema, describirlo y luego buscarle una solución. Si lo que se hace, en vez de filosofar, es repetir las doctrinas filosóficas que son diferentes en problemática a la nuestra, se está en una posición totalmente errónea. Esto es lo que el doctor Zea llama el *por qué* y el *para qué* de la filosofía. El *por qué* parece apuntar hacia la circunstancia histórica que se vive; el *para qué* la necesidad de encontrar una solución a nuestros problemas.

Antes de seguir adelante, permítasenos señalar que no parece una posición muy congruente luchar por una filosofía original y propia y empezar por aceptar la tesis de una filosofía ajena a nuestra cultura, como la alemana, tan penetrada de la investigación histórica, sobre todo en el siglo pasado, como todos sabemos.

El hecho de señalar como fuente del filosofar la problemática de nuestro tiempo hace de la filosofía, una filosofía del presente, en el sentido de un quehacer teórico, preocupado sólo por nuestras circunstancias actuales, sin considerar si existen problemas permanentes, y por lo mismo, siempre actuales, que ocupan el meditar filosófico. Que el propio doctor Zea conviene en que existen problemas siempre presentes a la conciencia humana, es el que acepte problemas esenciales, no circunstanciales, en la existencia del hombre. Ante todo el descubrir que los latinoamericanos son hombres, como los demás hombres, ni más ni menos, hecho que la filosofía clásica y teológica de la España renacentista le ayudó a descubrir desde el siglo xvi. Y luego el comprobar que "las filosofías realizadas, las emanadas de una cierta circunstancia, de los problemas de una cierta realidad, pueden de alguna forma servir a la solución de los problemas de otra realidad, dar luces sobre la misma, aunque las soluciones que ofrezcan no sean necesariamente las mismas. Tomar, seleccionar, elegir esta o aquella solución filosófica para ayudar a resolver la propia no implica renunciar a esa forma de originalidad que nos ha enseñado Europa". (*La filosofía americana como filosofía sin más*. Siglo XXI, México, 1969, pp. 37-38.)

El aceptar la tesis diltheyana de que el origen y causa de la filosofía

está en la situación histórica del filósofo sólo implicaría, en todo caso, aceptar una metodología, pero no las soluciones mismas que se derivan de ella y que podrían ser distintas y múltiples. Esto mismo parece corroborarlo el doctor Zea cuando dice que no hay que confundir el instrumento del filosofar, el razonamiento, la lógica, con el *para qué* de la filosofía que es el buscar y encontrar soluciones a los problemas propios. Lo esencial de la filosofía no es por lo mismo su instrumento, el *cómo* diríamos nosotros, sino la finalidad, el objetivo de nuestra actividad teórica. La filosofía occidental, nos dice, se ha preocupado más por su problemática, que por su metodología. La conclusión parece ser que no se atenta contra el principio de una filosofía ajena. A esto se reduciría el partir de la tesis diltheyana señalada antes.

En cuanto a qué es la metodología de Dilthey quien ha abierto las verdaderas puertas al pensar latinoamericano es también muy explícito el doctor Zea. "Todo ello como si el historicismo, expresión de la crisis cultural europea, fuese para Latinoamérica algo así como el acta constitutiva de su independencia filosófica." (*Idem.*, p. 93.) Y el filósofo uruguayo, Arturo Ardao, dice también, con la plena aprobación del doctor Zea: "El historicismo, en su esencia, proclama la originalidad, la individualidad, la irreductibilidad del espíritu en función de las circunstancias de tiempo y de lugar, y refiere a esas mismas circunstancias el proceso de su actividad constituyente. Por esa vía América se descubre a sí misma como objeto filosófico." (*Idem.*, p. 94.)

Dejemos a un lado la afirmación, un tanto atrevida, de que la filosofía occidental no se ha preocupado de la metodología. Recordemos sólo, en bien de la brevedad, que la lógica aristotélica conlleva postulados metafísicos tan claros, como esos principios ontológicos de que todo lo que es es, y nada puede ser y no ser al mismo tiempo, que son asimismo las leyes fundamentales del pensar, y pasemos también por alto la gran disquisición de Descartes sobre el método, que abrió el gran periodo filosófico de la modernidad, para volver hacia otros asuntos más directos sobre el tema que nos preocupa.

La tesis del doctor Zea consiste en sostener que la metodología es un puro instrumento de investigación, vacío de contenido, que permite adoptar todas las tesis filosóficas derivadas de su aplicación concreta y formal. Sin embargo tenemos muchas dudas sobre esta posición. En lo que se refiere a la tesis de Dilthey puede decirse sin necesidad de mayores pruebas, que implica aceptar un relativismo gnoseológico, una posición antimetafísica y un relativismo moral, emparentado con un activismo voluntarista, que no reconoce la objetividad de los valores, sino el juego y la energía de la voluntad. El mismo Dilthey dijo, alguna vez, que las tesis filosóficas guardan cierta correspondencia de estructura en-

tre sí, de tal modo que aceptada una en particular, por necesidad lógica han de aceptarse las que le son correspondientes. No es tan inocente, como parece asegurarnos el doctor Zea, el que se acepte una metodología filosófica prestada, sin antes examinar escrupulosamente todos los supuestos filosóficos en ella implicados.

En cuanto a lo que se llama tan insistentemente la problemática de nuestro tiempo debemos hacer notar todo lo vago e impreciso que es esta expresión. ¿Qué debe entenderse por nuestra problemática? ¿Únicamente los problemas nuevos, actuales y circunstanciales? ¿O también los eternos, las cuestiones sobre la naturaleza del universo, la de los seres que lo componen, la existencia de Dios y del Alma, la esencia del hombre y el sentido de su existencia?

Aunque personalmente no soy religioso, no creo que fuese aceptable afirmar, por ejemplo, que la preocupación en torno a la divinidad es una cuestión que se encuentra fuera de nuestro contexto histórico y que en todo caso en su forma cristiana ha sido un préstamo que hemos recibido de nuestra colonización europea. Los problemas religiosos fueron tan autóctonos aquí como en Europa y actualmente constituyen una cuestión primordial para la mayoría de los mexicanos.

Los temas en torno a la razón si tiene una naturaleza, digamos sustantiva, o sólo le pertenece una función meramente operativa es preocupación no sólo de la cultura europea y de los filósofos analistas y neopositivistas, sino que atañe a los que necesitan definir las bases y los límites del conocimiento científico, es decir, afectan a un número considerable de gente muy importante en los medios universitarios y cultos de este México de nuestros días.

En cuanto a los problemas sociales y económicos, que parecen lo más apremiantes en nuestros días, ¿cómo podrían ser analizados o resueltos sin atender a la metodología y a la problemática propia de una filosofía marxista, por más que esta sea un producto de importación extranjera y europea? ¿Cómo podríamos desentendernos de la dialéctica marxista, con el pretexto de que corresponde a teorías ajenas a nuestra realidad, surgidas en situaciones históricas, diferentes a la nuestra, productos netos y genuinos de otros medios culturales? ¿podríamos desembarazarnos de sus planteamientos con una expresión, ahora caduca, de que son doctrinas exóticas?

Tampoco se ha precisado si la problemática que ha de ser la raíz del filosofar es la que percibe la conciencia individual o la colectiva, o se trata de la de una nación o de un grupo de naciones afines, tal como lo sugiere el término de una filosofía latinoamericana. En varios de sus trabajos, el doctor Zea ha dicho que toda nación tiene una temática que le es propia, pero esto contradeciría su tesis de una filosofía latino-

americana, que alude a un grupo de naciones afines. Cómo es posible que las naciones latinoamericanas, que tienen aspectos tan diferentes, a pesar de sus afinidades, puedan presentar, no obstante una problemática uniforme, al grado de que ofrezca base segura y firme para un filosofar original y propio, es algo que hasta ahora no ha ocupado suficiente la pluma del doctor Zea, pese a toda su importancia y significación para las premisas de su quehacer teórico.

No puede soslayarse la importancia de tema semejante que lleva en sí toda la carga del desarrollo histórico de América, así en singular. Que no basta como elemento homogeneizador, la población aborígen de América resulta del simple hecho de reflexionar en la intervención de la población negra, tan importante en varios países latinoamericanos, la uniformidad que haya producido la colonización española, pues habría que agregar la portuguesa en Brasil. El que hubiera que incluir como latinoamericanos países colonizados por Holanda y Francia e Inglaterra, es un punto crítico y crucial para esta cuestión. Dejemos todo este embrollado problema y sólo apuntemos que forma parte de una consideración muy detenida y escrupulosa al definir lo que se entienda por una problemática latinoamericana de nuestros días.

Estos sucesivos planteamientos nos llevan a esta cuestión crucial, el definir la problemática que nos es propia, para deslindar el campo de nuestra filosofía: ¿El propósito de construir una filosofía original supone rechazar toda referencia a las filosofías y teorías extranjeras, etiquetadas como no latinoamericanas? ¿Tendremos la obligación lógica y moral de rechazar todo producto cultural extranjero y europeo? Formulado de este modo el problema de una filosofía original se llega fácilmente a la conclusión que este no puede ser, de ningún modo, el propósito ni la finalidad de las investigaciones del doctor Zea, porque sería impracticable. El doctor Zea se vale no sólo de los supuestos historicistas de Dilthey y de otros filósofos como Ortega y Gasset, Gaos, etc., sino que sus trabajos están llenos de sabiduría filosófica y de conocimientos de su historia, para que ese supuesto se haga insostenible.

Una filosofía original latinoamericana no puede significar, por lo mismo, un sistema limpio de toda referencia a otras filosofías, vacío diríamos de ideas y conceptos de la filosofía occidental. De aquí puede concluirse que no ha sido el propósito del doctor Zea construir una filosofía original, en el sentido de que esté limpia y pura de referencia a filosofías extranjeras.

De este modo no queda otro camino que el de la asimilación tal como lo propone el doctor Zea, en varios de sus trabajos. En un trabajo reciente "Las prioridades nacionales y la dependencia científica, tecnológica y cultural de México", nos dice que mediante la asimilación "se

ha hecho la historia de la filosofía. Mediante absorción, asimilación permanente de lo creado, para volver a recrearlo a su vez, enriquecido por nuevas experiencias. . . Toda filosofía recibe y asimila los problemas y soluciones del pasado para replantear y resolver los propios." No empuja, por lo mismo, al propósito de formar una filosofía original el valerse de todas las filosofías del pasado. En más. Parece indicar que es el paso metodológico apropiado, esta previa asimilación de la historia de la filosofía. El segundo paso sería el plantear los problemas propios y tratar de resolverlos.

Nos inclina a pensar en estos dos pasos necesarios en la asimilación y elaboración de una filosofía original la circunstancia de que el doctor Zea ha distinguido, con mucha claridad, lo que llama el instrumento del filosofar y su metodología, de lo que califica como propiamente la filosofía: su problemática y la sistematización de sus planteamientos y soluciones. Ambas partes de la filosofía le parecen independientes, pues el mero instrumento del filosofar no parece predeterminarnos a soluciones filosóficas específicas.

Sin embargo ya se han expuesto antes algunas serias dudas en relación a este punto y se recordaba justamente la tesis de Dilthey de lo que llama la lógica de la estructura de la filosofía, que establece una correspondencia necesaria entre las tesis de filosofía en metafísica, gnoseología y ética. Por lo mismo, no puede juzgarse tan inocente el mero asimilar métodos y filosofías ajenas. Ya hicimos notar cuáles son las doctrinas filosóficas que conlleva el adoptar el método historicista, según nuestro punto de vista.

Pero dejando a un lado este aspecto de la construcción de una filosofía original, podría observarse que lo propuesto por el doctor Zea no es otra cosa que el curso ordinario del desarrollo filosófico en los países europeos y latinoamericanos. Se adoptan o asimilan determinados métodos y con ellos se trata de resolver los problemas que surgen en el medio histórico de los filósofos. No otra cosa hicieron los filósofos mexicanos que adoptaron la metodología escolástica en la colonia, o los positivistas mexicanos que aplicaron, lo más concienzudamente que les fue posible, los métodos y las doctrinas de Comte y Spencer en el siglo pasado, tal como lo han puesto de manifiesto los excelentes trabajos del propio doctor Zea. Ninguno de los positivistas dejaron de preocuparse por los procedimientos más apropiados para impulsar el desarrollo económico del país, o la manera más adecuada para elevar la enseñanza y ponerla al nivel de los países más adelantados. Todos ellos por supuesto se proponían resolver los problemas que les planteaba la situación económica-social de su momento histórico. Sin embargo, esta práctica filosófica es justo la que condena tan severamente el doctor Zea.



Este modo de proceder lo estima una imitación extralógica, que impone una cultura prestada. No sé si se estimaría injusto que dijéramos que bajo el concepto de asimilación, el doctor Zea vuelve a recoger todas las filosofías extranjeras, que ya antes había echado por la borda, en busca de una filosofía original. Sus propuestas equivalen a hacernos volver los ojos a todos los movimientos filosóficos contemporáneos, para encontrar métodos y tesis, útiles para nuestros problemas, ya sean todas las modalidades del marxismo contemporáneo, ya sean las investigaciones de los estructuralistas, los enfoques y búsquedas de los lingüistas y semiólogos, o los rigurosos análisis lógicos de los neopositivistas, que según mi punto de vista es, en términos generales, el actual panorama de la filosofía en México, dejando posturas declaradas por algunos como superadas, ya sea el neotomismo, o la propia postura historicista del doctor Zea.

La aceptación del procedimiento de la asimilación supone sumergirse en todo el océano de las especulaciones filosóficas, insertarse en el proceso universal del pensamiento filosófico. Por eso no es sorprendente que el doctor Zea, partiendo de este principio de la asimilación, llegue a afirmar, muy categóricamente, que más que buscar una filosofía original, se debe simplemente filosofar, "filosofar sin más", lo cual nos obliga a reflexionar si esto no significaría el renunciar a su postura primera, a la búsqueda de una filosofía original para Latinoamérica, rechazando por eso mismo, todo elemento que proviniese de la meditación europea.

El doctor Zea insiste, no obstante, que lo que puede dar sello de originalidad a la filosofía latinoamericana es el estudio, análisis y reflexión sobre los problemas propios de cada nación latinoamericana, el tratar de conocer mejor y más de cerca su propia realidad. Lo cual supone la reiteración de la idea de que la verdadera raíz del filosofar, está en su problemática, más que en su metodología. Meditar sobre nuestra realidad más propia, piensa el doctor Zea, nos llevará necesariamente hacia una filosofía original.

Pareciéndonos, por eso mismo, que esta es la postura definitiva del doctor Zea sobre el problema de una filosofía latinoamericana, intentaremos un análisis más detenido sobre este punto, el cual procuraremos abordar desde dos cuestiones diferentes. El primero: ¿hasta qué punto esta postura supone aceptar la posición del eclecticismo? Y segundo, ¿qué debe entenderse por la problemática del tiempo, de nuestro tiempo y cómo ha influido y puede influir en las meditaciones filosóficas? Creemos que juzgar el propósito del doctor Zea de una filosofía original en Latinoamérica, desde estos ángulos, permitirá llegar a algunas conclusiones.

Se debe al doctor José Gaos el haber insistido en la importancia del

eclecticismo en la historia de la filosofía mexicana. Ayudó a rectificar, como se sabe, el juicio un tanto aceptado y establecido en los medios universitarios, de que el doctor Juan Benito Díaz de Gamarra era un cartesiano, para sustituirlo por el de ser uno de los eclécticos más importantes en México, juicio que ahora suscriben la mayoría de los especialistas en la materia.

El método ecléctico se llama también filosofía electiva o libre, porque selecciona conceptos, ideas o teorías de diversos sistemas, para organizar uno propio, y es libre frente a las escuelas o sectas que buscan imponer un modo de filosofar especial y único. Esta selección de las doctrinas filosóficas supone tomar un poco de cada una de ellas y formar con ello un todo lo más coherente posible.

En el sentido del doctor Gaos, el eclecticismo supone además una solución dialéctica de la problemática del tiempo. En el siglo XVIII, coexistían dos corrientes culturales de importancia: la que se inspiraba en la tradición escolástica y de la cual se derivan tesis filosóficas, sociales, morales y políticas, y la filosofía moderna que auspiciaba y estimulaba el desarrollo del movimiento científico. Para el doctor Gaos, el eclecticismo de Díaz de Gamarra y luego de los pensadores jesuitas de ese siglo se caracterizaba por el intento de conciliar la tradición y la fe, la religión católica y las conquistas, métodos y descubrimientos de la ciencia moderna, tratando de destacar el que ambas corrientes no son contradictorias, sino perfectamente compatibles.

Afirmamos que el eclecticismo es una solución dialéctica a las tendencias contradictorias de una época, porque propone conciliar dos posturas aparentemente opuestas, como los cuernos de un dilema, buscando una conciliación o un término medio entre ellas. Yo he tratado de extender esta idea en muchos de mis trabajos de orden académico. Pero de todos ellos sólo diré que he sostenido que las grandes crisis de la historia caracterizadas por la lucha de tendencias opuestas fueron solucionadas, mediante un procedimiento de síntesis, de equilibrio entre ellas, como lo he mostrado en el caso de las luchas religiosas del siglo XVI, el catolicismo y el protestantismo y aún he intentado presentar una posible solución dialéctica a la actual lucha ideológica entre comunismo y capitalismo. Me he permitido recordar esto porque juzgo que el procedimiento ecléctico no sólo ofrece una respuesta a los grandes cambios de la historia, sino también representa una de las características más esenciales de la filosofía mexicana.

A propósito del siglo pasado, más de una vez he sugerido que más que el predominio de la filosofía positivista, se dio en ese tiempo una síntesis o combinación muy especial entre liberalismo y positivismo, no obstante que entre ambos aparecían aspectos fundamentalmente contradicto-

rios; y que el historicismo, que empezó a emerger vigorosamente desde el siglo pasado, se mezcló con el darwinismo social, que de hecho sirvió de guía a la política social porfiriana.

Pero lo más significativo es que nuestros grandes filósofos como Caso, Vasconcelos y Ramos no podrían ser explicados, sino a través de una formación ecléctica muy acusada en todos ellos, que ha dado a su filosofar un sesgo peculiar muy característico.

Por lo demás, este cariz ecléctico, tan peculiar de nuestra cultura, que puede mostrarse no sólo en la filosofía sino en el arte, en la literatura, en lo social y en lo político, corresponde cabalmente al carácter mestizo de nuestra cultura y formación histórica. El concepto mismo de mestizaje cultural supone que existen dos culturas diferentes, la autóctona o propia y la extraña y europea, con lo cual ha de concederse, elementos originales en ese mestizaje. Además supone una interpretación propia, peculiar y original de la cultura europea, que le impone modalidades, matices y aspectos *sui generis*, que han hecho posible, por ejemplo, nuestro arte barroco y churrigueresco, cuya originalidad nadie discute. El hecho mismo de una capacidad para interpretar de modo original los aportes culturales de otros países, autoriza a pensar en una sensibilidad que se expresa y manifiesta en el modo como ha logrado juntar, fusionar o mezclar elementos a veces tan diversos y opuestos.

El mestizaje cultural, social y étnico, que caracteriza a nuestro país constituye la base material, real de ese procedimiento ecléctico que es la clave de muchos de nuestros productos históricos.

Este tema es de tal magnitud que sólo cabe señalarlo y afirmar su innegable importancia. Nos extraña que encontrándose este concepto del eclecticismo tan cerca de las meditaciones del doctor Zea, no lo haya utilizado en forma relevante y aun otorgado un lugar central en sus meditaciones.

Para terminar estas breves acotaciones sobre la importancia del eclecticismo en la formación de una filosofía latinoamericana, sólo quisiera agregar que la explicación histórica de la importancia que ha adquirido en nuestros países latinoamericanos, estriba, en nuestro parecer, en que somos países periféricos y no centros del poder mundial, que no hemos sido la sede de ningún imperialismo, ya sea cultural, político o económico, sino más bien países receptores y atentos a las creaciones de los países rectores de la historia mundial.

Por eso la diferencia entre el filosofar de un país rector y un país periférico, es que en el primero se parte de un principio fundamental, único, exclusivo, universal y se construye todo un sistema y el universo cultural correspondiente, en tanto que en el segundo se trata de tamizar las creaciones que se reciben del exterior y adaptarlas al medio histórico propio.

Para decirlo en términos claros y tajantes, en los países rectores el filósofo tiende a ser monista, y en los periféricos pluralista, en el sentido sistemático del término.

Ha sido Guillermo Dilthey el filósofo que más ha insistido en la importancia que tienen los problemas de una época para la filosofía. Todo sistema filosófico es una respuesta a los problemas de cada época. Así Dilthey ha tratado de poner de relieve, en los grandes filósofos, la importancia que tiene lo que califica como la *Zeitkritik*, la crítica del tiempo.

Este tema también ha sido una de las preocupaciones centrales de muchos de mis trabajos. He llegado a la conclusión que los problemas del tiempo están presentes en todos los grandes filósofos. La vigorosa emergencia del "demos" en la Atenas clásica y la iniciación del pensamiento científico, en la filosofía jónica, son algunos de los elementos que explican la turbulencia de esos tiempos, intelectual y políticamente, y al mismo tiempo las tesis centrales de esos filósofos. En cada uno de los filósofos es posible destacar esa importante crítica del tiempo. Hobbes, Locke, Voltaire, Diderot, Rousseau serían incomprensibles, sin tomar en cuenta los problemas que sus momentos históricos respectivos les plantearon con urgencia.

Sin embargo, no puede confundirse una simple crítica de nuestro tiempo con una teoría filosófica sobre nuestro tiempo. La primera es sólo un panorama de la situación histórica, un inventario, si se quiere, de los fenómenos que caracterizan y preocupan una época. Pero una teoría de la época, o una parantología, como he propuesto que sea llamada, supone algo más que esa descripción sociológica e histórica. Si hemos de atenernos al primero que, a mi juicio, formuló una teoría filosófica de su época, a Teófilo Fichte, es necesario tener una visión de la época, unitaria, total, inteligible que reúna todos sus grandes rasgos que la caracterizan y que se deriven de esa misma visión, como sus consecuencias más necesarias y forzosas, todo lo cual permitiría además avizorar el futuro más o menos próximo. La visión de la época ha de estar fundada en un principio fundamental, derivado de un plan histórico universal. Sólo con estos supuestos es posible intentar una teoría filosófica que describa y explique nuestra época.

Nuestro siglo xx ha sido pródigo en teorías filosóficas sobre nuestra época. Ahí están, por ejemplo, tal vez los trabajos más importantes de Ortega y Gasset, para comprender los caracteres de nuestra época, o los ensayos en el mismo sentido de Guardini o de Karl Jaspers, o los de los marxistas contemporáneos o los que han intentado muchos psicoanalistas, ya de la escuela de Freud o de otras escuelas afines.

Pero lo que enseña, con toda claridad, el estudio de todos los filósofos

que se han preocupado por describir y comprender los problemas de nuestra época, es que no es posible intentar ni una crítica del tiempo ni una teoría filosófica que la explique, sin tener ya formulada una teoría filosófica amplia que abarque los temas fundamentales, básicos de todo filosofar. Explicar nuestra época, por lo mismo, supone tener ya una filosofía, aunque sea en sus principios básicos.

Por eso mismo, oponemos como un reparo fundamental al intento del doctor Zea de filosofar sin más sobre nuestra época y sus problemas, el que esto no será posible sin tener resueltos ciertos problemas filosóficos básicos, algunos metafísicos, otros puramente epistemológicos, otros morales y políticos. Después de todo ello, podríamos "filosofar sin más".

Estos comentarios dedicados al quehacer teórico del doctor Zea quisieran mostrar todo el respeto que tenemos por su constante e infatigable labor de investigador. Nadie como el doctor Zea nos ha hecho saber y comprender que hemos llegado ya a la mayoría de edad, cultural y espiritualmente; que la meditación filosófica es una toma de conciencia de los mexicanos frente al mundo y ante sus circunstancias; que pensar y reflexionar es un compromiso fundamental con la comunidad a la que pertenecemos y que la cultura mexicana es, en definitiva, la solución personal del mexicano ante los problemas universales del hombre. Por esto, estas reflexiones intentaron ser un homenaje al filósofo responsable ante su historia, al pensador tenazmente comprometido con los destinos de su país, que ha mantenido en forma inalterable su fe en los destinos de México y Latinoamérica.